

Villa en Zumaya.

Arquitecto: P. Guimón.

EL ALMA VASCA EN SU ARQUITECTURA

Antes de desarrollar tan interesante tema, es imprescindible que nos pongamos en situación, y para ello es preciso que partamos o que nos pongamos de acuerdo sobre ciertos principios fundamentales o puntos de vista desde los cuales enfocamos la cuestión.

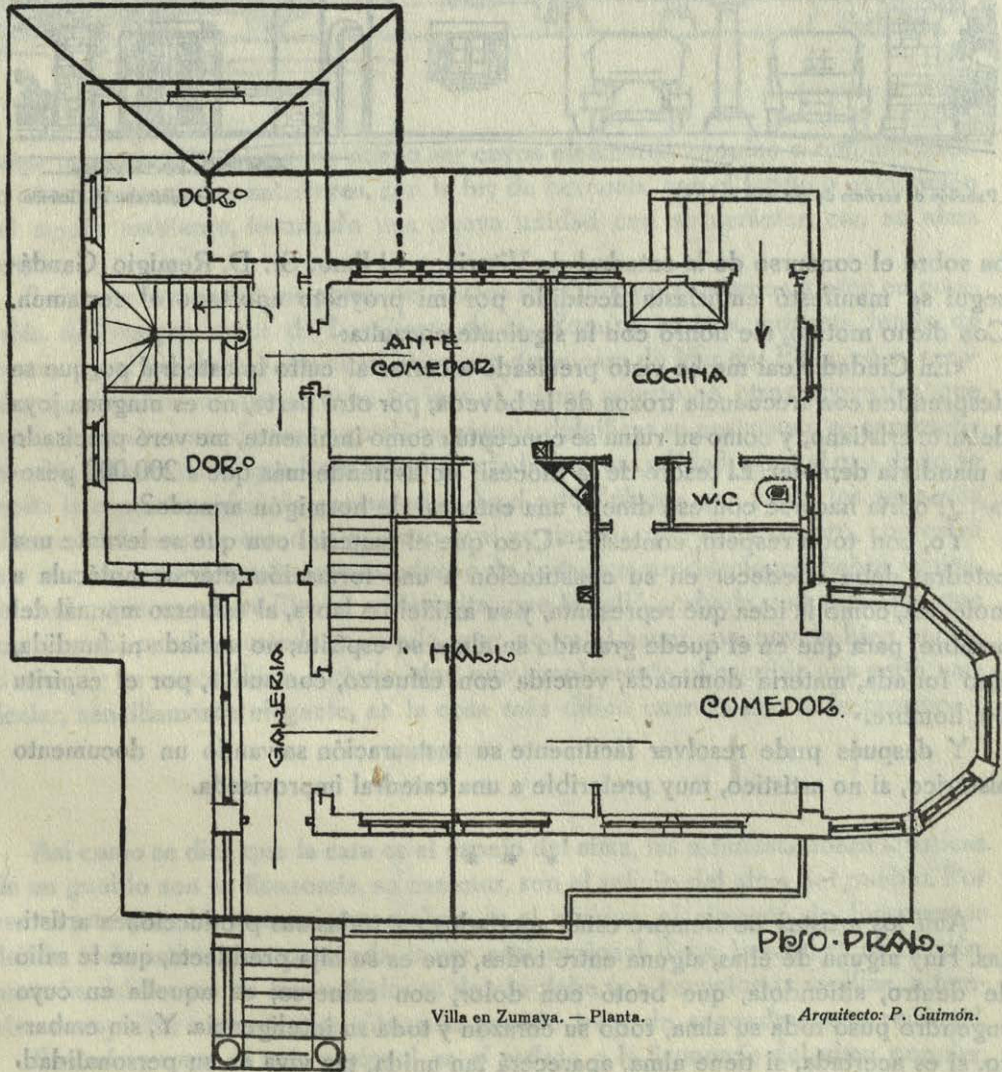
Estos principios son: primero, que en todas las llamadas obras de arte en las que el hombre manifiesta sus instintos estéticos, más o menos educados, distinguimos que las hay de dos clases o categorías: unas que son producto de una forzada erudición o conglomerado de documentos enlazados por la inteligencia, y otras que brotaron espontáneamente obedeciendo a una intuición íntima, global, basada en emociones profundas personales, de visión directa, sin perjuicio de reminiscencias documentales y pergeñadas u ordenadas con arreglo a una trabazón inteligente y científica, pero de la cual no se percibe la trama, dándonos la impresión de naturalidad depurada o selecta, unidad palpitante de un ser y equilibrio o armonía en la resultante del destaque de las partes en el todo. Un ejemplo muy elemental, acaso poco delicado por tratarse tan sólo de materia, aclarará el concepto. El mármol artificial y el mármol natural.

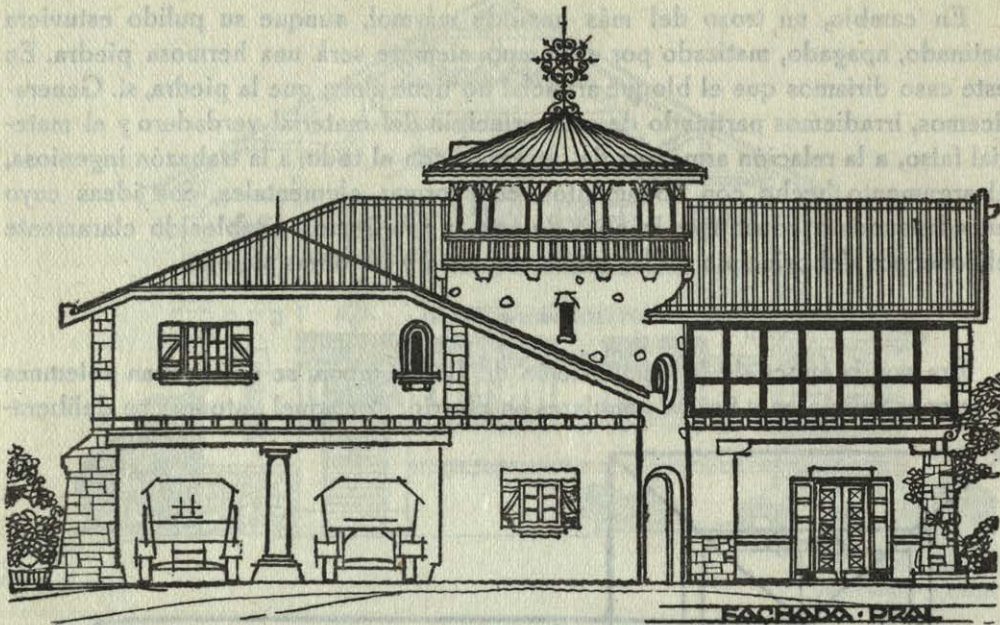
Ya pueden seleccionarse trozos escogidos de los más bellos materiales conocidos; ya puede emplearse para su aglutinación el mejor, el más puro cemento, y para darle su deslumbrante pulido los procedimientos mecánicos o químicos más perfectos, la envoltura más bella de una estatua helénica; siempre se verá la trama, el artificio, la violencia de la aglutinación y la procedencia de sus componentes.

En cambio, un trozo del más humilde mármol, aunque su pulido estuviera patinado, apagado, matizado por el tiempo, siempre será una hermosa piedra. En este caso diríamos que el bloque artificial no tiene alma; que la piedra, sí. Generalicemos, irradiemos partiendo de este principio del material verdadero y el material falso, a la relación armónica de las partes con el todo, a la trabazón ingeniosa, al argumento hecho con documentos, con formas elementales, con ideas cuyo encadenamiento constituye la obra de arte, y tendremos establecido claramente el concepto del principio de las obras con alma y las obras sin ella.

* * *

Era por la época de la beatificación de Berri-Ochoa; se celebraban solemnes funciones religiosas y fiestas populares en Elorrio. Por aquel entonces se delibera-





Pabellón de servicio de una villa en Ondiz.

Arquitecto: P. Guimón.

ba sobre el concurso de la catedral de Vitoria, y el Ilmo. Sr. D. Remigio Gandásegui se manifestó entusiasta decidido por mi proyecto aportado al certamen. Con dicho motivo, me honró con la siguiente consulta:

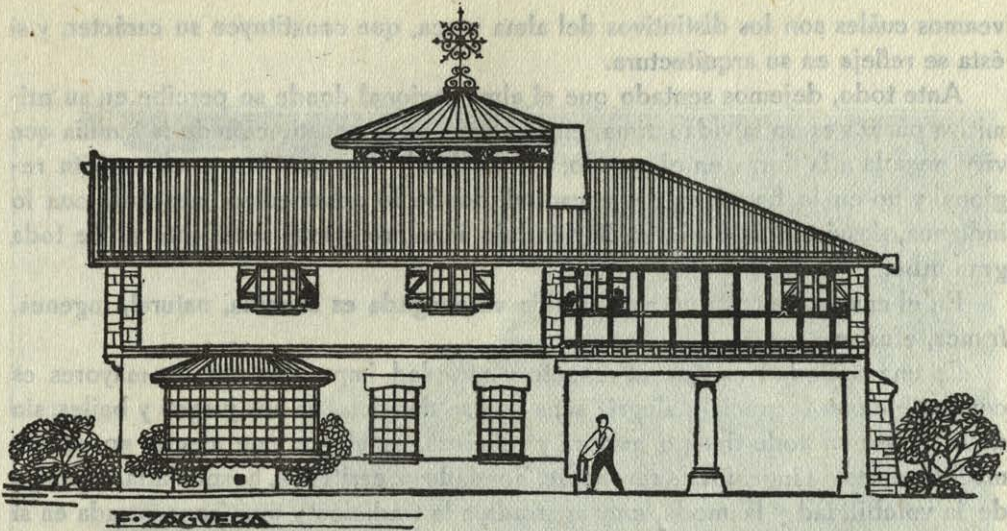
«En Ciudad Real me he visto precisado a cerrar al culto la catedral porque se desprenden con frecuencia trozos de la bóveda; por otra parte, no es ninguna joya del arte cristiano, y como su ruina se conceptúa como inminente, me veré precisado a mandarla demoler. El tesoro de la diócesis no asciende más que a 200.000 pesetas. ¿Podría hacerse con ese dinero una catedral de hormigón armado?»

Yo, con todo respeto, contesté: «Creo que el material con que se levante una catedral debe obedecer en su constitución a una formación eterna, molécula a molécula, como la idea que representa, y su artificio o labra, al esfuerzo manual del hombre, para que en él quede grabado su alma, su espíritu; no vaciada ni fundida, sino forjada, materia dominada, vencida con esfuerzo, con sudor, por el espíritu del hombre.»

Y después pude resolver fácilmente su restauración salvando un documento histórico, si no artístico, muy preferible a una catedral improvisada.

* * *

Aun los artistas no siempre están acertados en todas sus producciones artísticas. Hay alguna de ellas, alguna entre todas, que es su hija predilecta, que le salió de dentro, sitiéndola, que brotó con dolor, con esfuerzo; es aquella en cuyo engendro puso toda su alma, todo su corazón y toda su inteligencia. Y, sin embargo, si es acertada, si tiene alma, aparecerá tan unida, tan viva en su personalidad,



Pabellón de una villa en Ondiz.

Arquitecto: P. Guimón.

como una creación, como un nuevo ser cuyos elementos propios o reminiscencia de otras generaciones anteriores, con la ley de herencia, con el latido o palpación del medio ambiente, formando una nueva unidad con su carácter, con su alma propia.

Iban muy avanzadas las obras de la casa de Zuloaga; comíamos juntos en compañía del insigne autor de *La Gloria de D. Ramiro*, en una modesta fonda de Zumaya, y al ponderar Larreta mi proyecto de su casa de Mar del Plata, no se recataba significándome que dudaba tuviera el mismo acierto en otros proyectos que tuvo a bien encomendarme; y como queriendo dulcificar su pesimismo se expresaba así: «No quiero decir que haya usted acertado por casualidad, pero sí que dudo se repita la espontaneidad de ese acierto. Aquí está Zuloaga que es de los primeros pintores del mundo, acaso el primero, y si es sincero, que sí es sincero, confesará que no ha quedado igualmente satisfecho de todas sus producciones; habrá alguna, sin duda, que es su predilecta, su favorita, que le salió acabada, redonda. Yo, que soy literato, puedo a usted asegurarle, que no ya el hacer una novela bien hecha, ni escribir un soneto bien cortado, sino que simplemente el escribir una carta particular, sencillamente elegante, es la cosa más difícil cuando uno se lo propone.»

* * *

Así como se dice que la cara es el espejo del alma, las manifestaciones artísticas de un pueblo son su fisonomía, su carácter, son el reflejo del alma del pueblo. Por eso el arte popular tiene siempre alma; es el archivo, el almacén de documentos donde todo artista que pretenda hacer arte regional debe buscar; es el templo, panteón del tesoro de las tradiciones donde debe ir a reconfortar su alma, a templar su espíritu, a ponerse en situación cuando trate de engendrar arte regional.

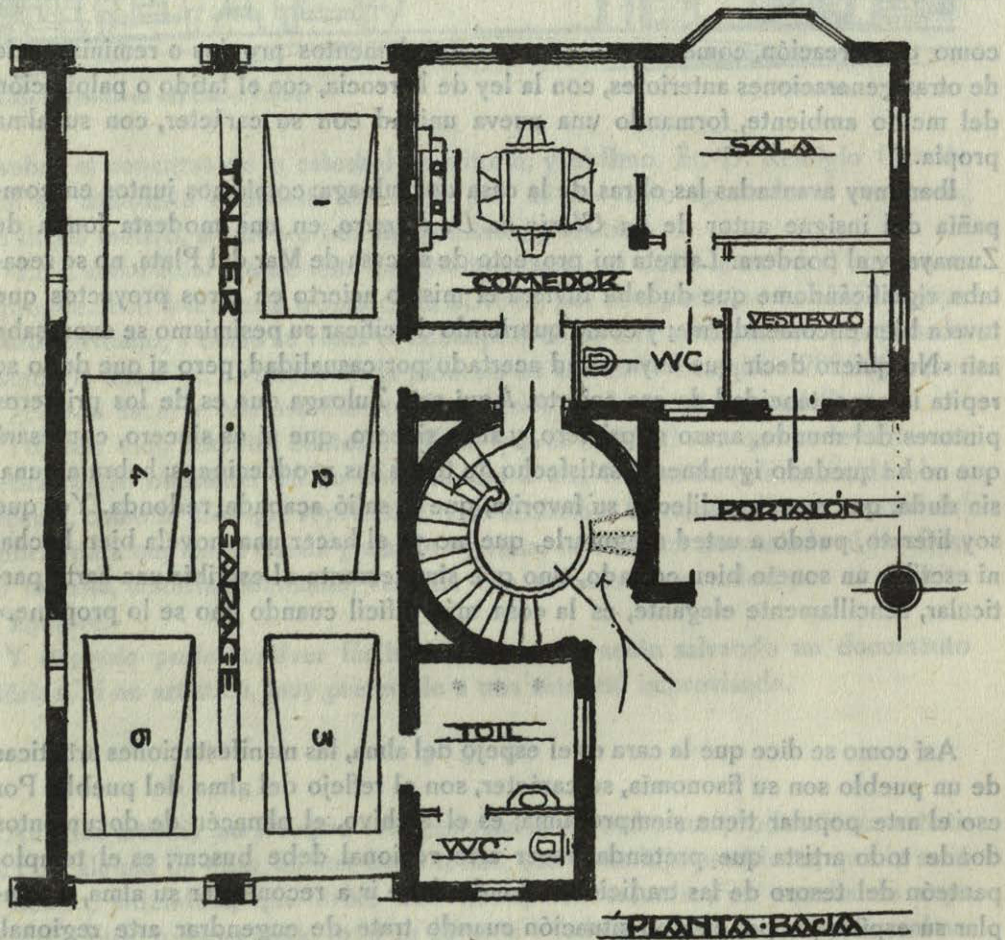
Sentado ya que el arte regional es el reflejo o la fisonomía del alma popular,

veamos cuáles son los distintivos del alma vasca, que constituyen su carácter, y si ésta se refleja en su arquitectura.

Ante todo, dejemos sentado que el alma regional donde se percibe en su primitiva pureza es en la vida íntima, en el hogar, en la constitución de la familia que vive pegada a la tierra, en el campo; allí es donde hay que buscar el espíritu regional y no en la baraúnda de la capital, donde lo advenedizo, mezclado con lo indígena, desvirtúa su carácter, haciéndolo incoloro y muy semejante al de toda gran urbe.

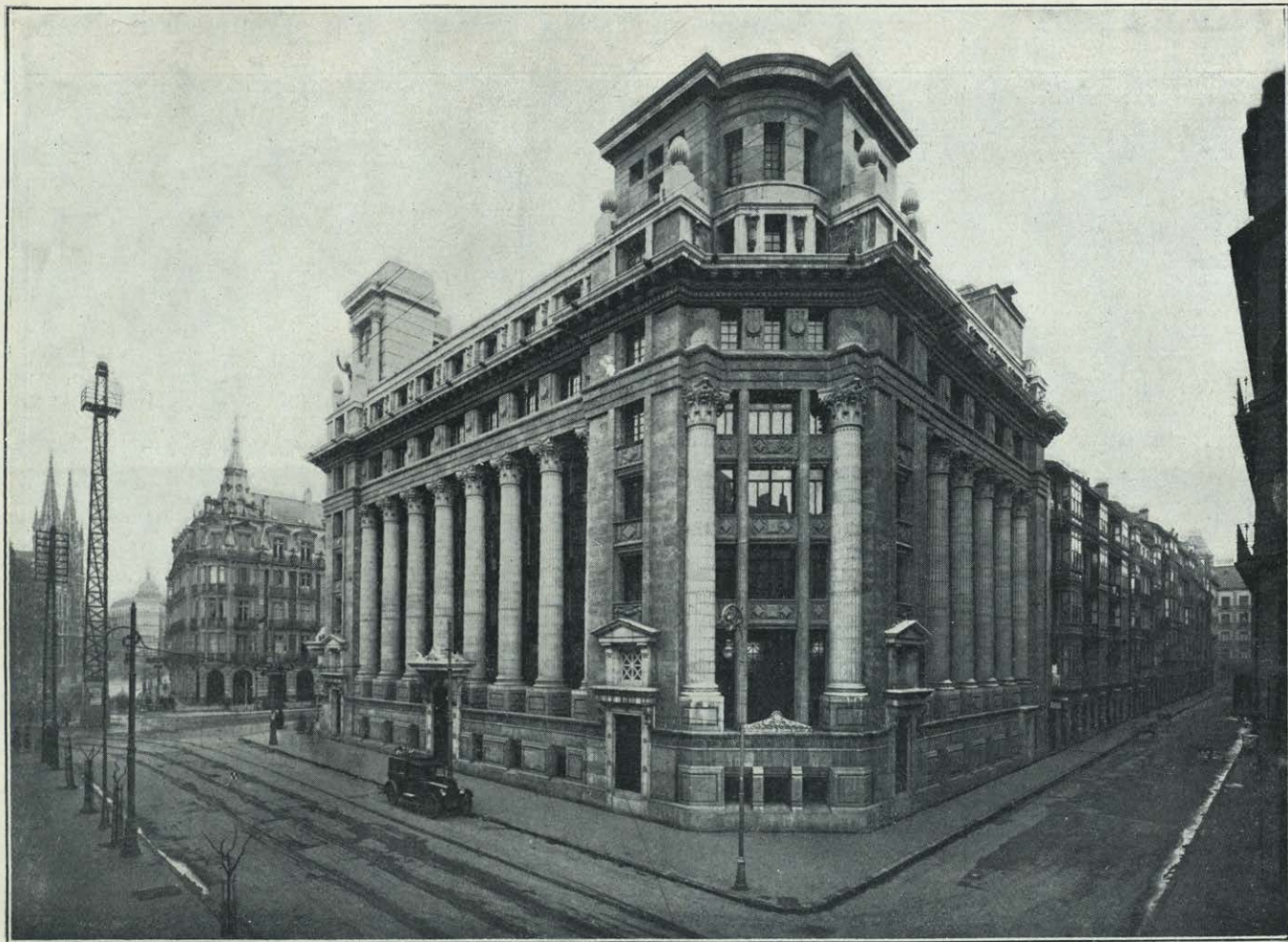
En el campo vemos que esta familia vascongada es sencilla, natural, ingenua, franca, efusiva.

Es una sociedad en que el respeto y seriedad impuestos por los mayores es compatible con la gracia y alegría sana que se derrocha en sus juegos y bailes; sin dejar de ser en todo tiempo austera y religiosa, es alegre, con alegría no exenta muchas veces de ingenio. Es razonable, bondadosa, caritativa, hospitalaria, enemiga de la volubilidad y la moda, muy agarrada a la tradición y muy concentrada en sí



Pabellón de servicio de una villa en Ondiz.

Arquitecto: P. Guimón.



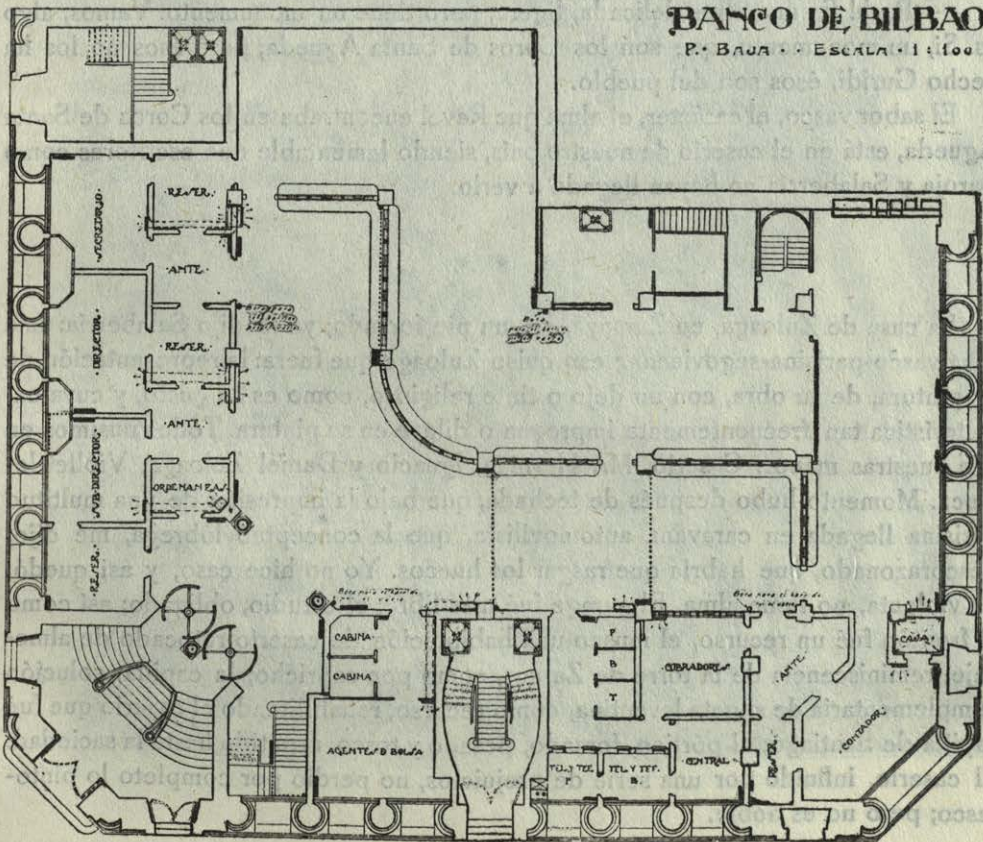
BILBAO. — BANCO DE BILBAO. — Arquitecto: P. Guimón.

Fot. Torcida Torre.

misma, sin duda por lo diseminados que se encuentran sus hogares en el monte. Confiada en sí misma, dándose a los demás, es decir, noble.

Veamos ahora si su arquitectura responde a estas características.

Establecidos los caseríos en diseminación, muy alejados unos de otros, por el modo de explotar la tierra en Sel (medida del país), la tierra suficiente para el sostén de una familia, la casa adopta una planta concentrada, reuniendo en sí a la familia y al ganado; es su distribución franca y noble; la familia, alrededor del hogar, dispone de las piezas donde hace la vida durante el día, contiguas al establo o al lagar, con los dormitorios en la planta alta, contiguos al granero. Su estructura sólida, fuerte y estable, piedra y roble, es sencilla, natural e ingenua, con su aparejo al descubierto en planta baja y el entramado ingenioso, acusado al exterior; su cubierta amplia, segura, roble y teja curva, la más razonable, dado el clima lluvioso del país, así como sus ventanas pequeñas, que dan a sus fachadas cierto aspecto de austeridad conventual o recogimiento religioso, que, al contrastar con el calcado o tono rojizo del ladrillo de los entrepaños del entramado de sus paredes, dan a las fachadas una nota de alegría y gracia fuerte y sencilla. Es hospitalaria, porque dispone de su portalón o zaguán abierto, pronto a recibir al viandante y protegerlo de



la intemperie, y es confiada y noble, porque su balcón, unido al suelo por escalera libre, está invitando a subir a las habitaciones.

Demostrado mi aserto, he de consignar que el aldeano ha realizado muchas veces, casi siempre intuitivamente, por arquitectura racional, la casa vasca, con alma vasca y fisonomía vasca; problema muy difícil de resolver cuando se lo propone el arquitecto, acaso el más difícil de su carrera, como lo será el que un compositor vasco se proponga crear ritmos o melodías populares.

* * *

Frecuentaba yo a Larreta con motivo de sus encargos para la Argentina, hospedándose a la sazón en el Hotel du Golf, en San Juan de Luz, donde fui presentado a Ravel, el gran crítico musical y propagador en París de la música exótica. Preguntóme con interés si teníamos compositores en Bilbao, y yo contesté con orgullo que sí, que teníamos a nuestro Guridi, y le hablé de su obra *Mirenchu*. Mostró deseos de conocerla, y yo le llevé la partitura en un viaje siguiente. Él la estudió minuciosamente, la ejecutó al piano, y yo, impaciente, aguardé su fallo, seguro de que, como a mí, le habría entusiasmado; y al preguntarle su opinión, me dijo:

— ¡Psch! Es una obra delicada, ligera; pero tiene un monumento. Vamos, algo es. Sí, un monumento, que son los Coros de Santa Agueda; pero éstos no los ha hecho Guridi, éstos son del pueblo.

El sabor vasco, el carácter, el alma que Ravel encontraba en los Coros de Santa Agueda, está en el caserío de nuestro país, siendo lamentable que escritores como Baroja y Salaberría no hayan llegado a verlo.

* * *

La casa de Zuloaga, en Zumaya, fué un pie forzado; ya lo dijo Salaberría: una casa vasco-parisina-segoviana...; eso quiso Zuloaga que fuera: la representación de su pintura, de su obra, con un dejo o tinte religioso, como es su gusto, y cuya característica tan frecuentemente impregna o diluye en su pintura. Todos pusimos en ella nuestras manos: Caserio, Mr. Herman, Ignacio y Daniel Zuloaga, Viollet-le-Duc... Momento hubo después de techada, que bajo la impresión de una multitud parisina llegada en caravana automovilista, que la conceptuó lóbrega, me dijo, descorazonado, que habría que rasgar los huecos. Yo no hice caso, y así quedé. Es violenta, no tiene alma. El garage fué más libre; el estudio, obligado; así como el frontón fué un recurso, el museo una habitación de caserío retocado de almenaje, reminiscencia de la torre de Zarauz, como por capricho; la capilla, solución complementaria de silueta levantina, como recurso, rehabilitando el caserío que fué capilla de Santiago; el pórtico, forzado, pesado y tosco, repetido hasta la saciedad. El caserío, influido por una serie de prejuicios, no perdió por completo lo pintoresco; pero no es noble.

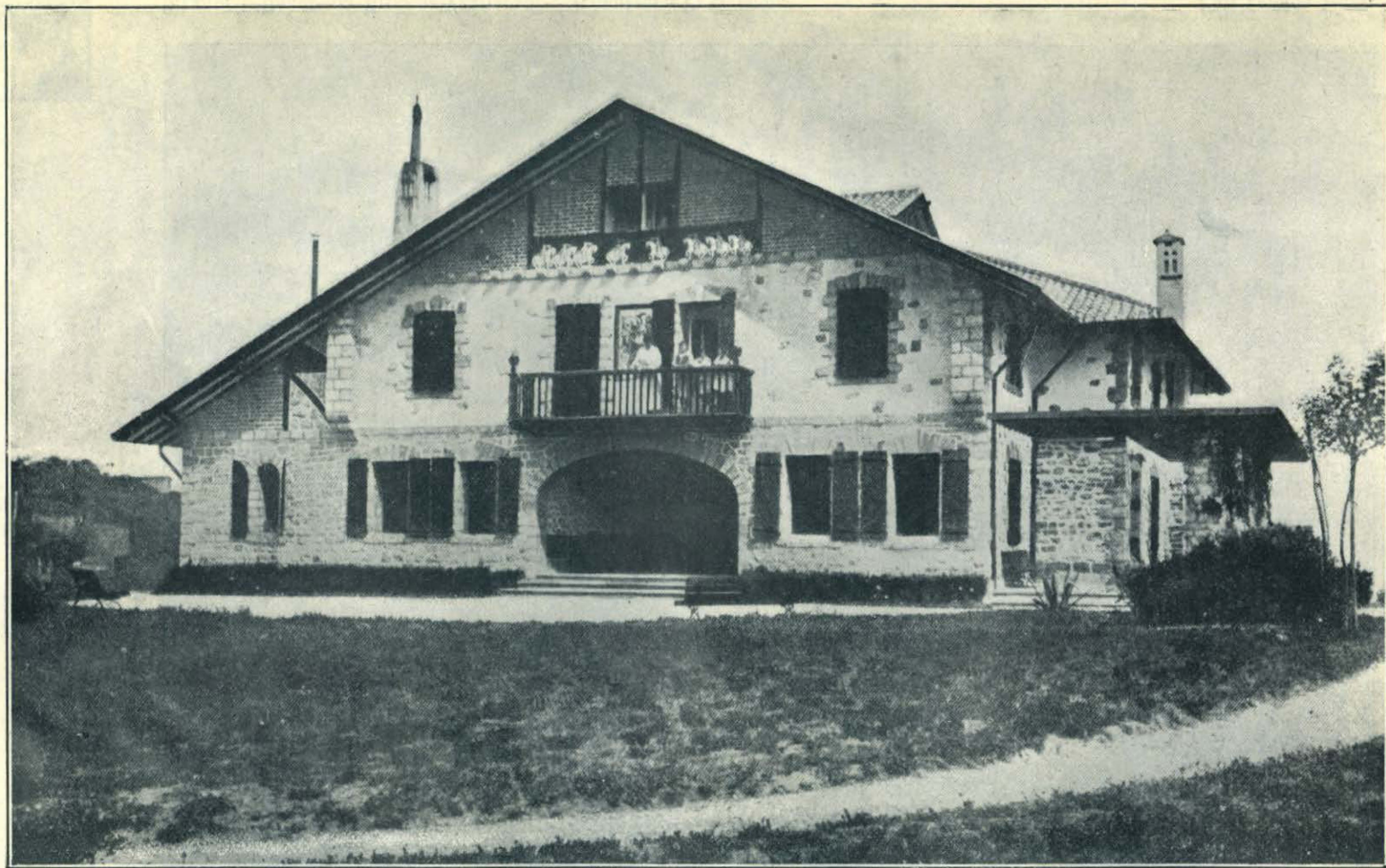
* * *



BILBAO. — BANCO DE BILBAO: VESTÍBULO. — Arquitecto: P. Guimón.

Fot. Torcida Torre.





CASA DE ZULOAGA EN ZUMAYA.

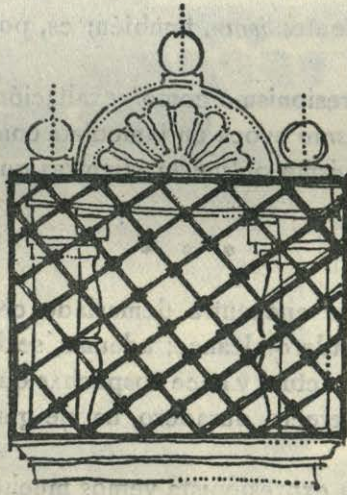
Arquitecto: P. Guimón.



Hace tiempo que es de buen tono, depurada orientación, el hacer, no ya arquitectura nacional, ni siquiera regional, sino arquitectura de los pueblos. Y, aun alambicando más, es el ideal hacer arquitectura de los rincones de los pueblos, es decir, componer con el emplazamiento, con el paisaje. Unida esta tendencia a la atracción del abolengo y del amor de las antigüedades, es como un refinamiento, un estudio de arquitectura superior, al que se llega cuando se siente la caricia, el halago voluptuoso de lo ancestral, que al fin y al cabo es el lenguaje del pasado, y entonces nace la arquitectura tradicional. Claro que para eso debe el arquitecto saber descubrir el espíritu del emplazamiento, y dentro de él, como una evocación, surgirá la obra creada.

Este fué el móvil de mi casa de Algorta, resumen de esta tendencia que hace años vengo practicando.

PEDRO GUIMÓN,
Arquitecto.



Santa María de las Huertas (Sigüenza).